

¡Buenas salenas, Cronopio Cortázar!

CRISTIÁN VILA RIQUELME

Cuando llegué a París me di cuenta de que ya lo había vivido antes, casi calle a calle, *cachard u celer*, las estaciones del metro, los *café-crème* cercanos a la Place de Vosges, los *patis aueque retrovez chaz toí* de algún impreciso gabacho, los infaltables valsescitos de *beulerard* como el emblemático *Sous le ciel de Pa*ris, causado por la ineluctable Edith Piaf y las interminables conversaciones entre latínamericanos en alguna diminuta buhardilla del barrio latino, mientras desde el océano atlántico salían Lester Young, Miles Davis, Sara Vaughan, Billie Holiday o un vals peruanos. Todos habíamos vivido en París a través de las páginas de *Roxeda*, aparecida hace ya 30 años. Por eso, un rato obligado era, entre nosotros, decirnos: "Por aquí anduvó la Maga", "por estos cales dibamabó Oliveira mojado por la lluvia", "a este hospital deben haber traído al viejo Morelli", con una especie de reconocimiento casi religioso y almorzando en algún restaurante universitario algunas frases de la novela: como aquella sobre la gente que necesita papel rayado para escribirse o aquella donde el "le amaba el nostro y a éllo se le agotaba el clauso".

La primera vez que la lei tenía yo quince años y fue una especie de Biblia, de manual para orientarse en los primeros combates con el mundo. La segunda vez, a los 28, me atreví con las instrucciones de lectura, viví casi 17 años en París la maldita y su ligero gasto a blues cantado muy encantante mochado, no sé por

qué, al olor de la lluvia sobre los adorquines me ha acompañado todo el tiempo en su relectura.

El estilo de Cortázar nació un hito en la literatura porque hay en él una *banalización* de lo serio, una observación minuciosa de lo aparentemente sin importancia, una reflexión cotidiana de la condición y de la existencia

convicción y toda certeza desmuidando autorreferencias y trascendentes.

Por eso, también, esa afirmación permanente del juez: de lo lúdico y de la aventura como pasión y como devoción.

Hay un relato de Cortázar que ilustra todo eso: una pareja que decide encontrarse por azar —

conserjería de los vecinos o que se aprieta de los velozes amigos cuando los ve falsos o que decide introducir algunos cambios en una oficina de correos, en el despacho de la correspondencia y termina repartiendo globos de colores en el momento de la inminente clausura por parte de las autoridades regionales.

RICHARD MELHILLAND - OR AFP



dejarse al azar la continuidad del amor que se tienen— se pierde en París, sin huirse, dejando que los dados actúen solos. Hasta que un día él la clava a ver a ella subiéndose en un carro del metro que va en sentido contrario del suyo, sin poder hacer nada para evitar que todo sea, en ese momento, la pura importancia del gesto de saludó desde lejos y la promesa, tal vez, del reencuentro. Tú también aquél tipo que vomita coquitos blancos en el ascensor, de aquella familia "rara" que construye un cadalso en el patio ante el escándalo y

Ese componente lúdico, festivo, orgánico, ritual, amaroso, y que en Europa se llama surrealista, aquí en América latina es, a pesar de la miseria, la dependencia, la servidumbre y la explotación, la realidad de todos los días. Basta sacarse la camisa de fuerza de la pacatería para que aquella se manifieste en todo su exceso y nos demos cuenta de que somos un "axolotl", un bicho que todavía no lo es completamente o que no alcanzó a serlo. Precisamente uno de los misterios de Cortázar fue habernos entregado herramientas para darnos cuenta

de ello.

Caímos, por eso, que seguimos definiéndonos para siempre como cronopios perdidos, tristes, angustiados en oscuras salas de correos y telegatos, llegando a pueblos donde las habitaciones de todos los hoteles están ocupadas, buscando "la llave de la puerta de calle en la mesa de luz, la mesa de luz en el dormitorio, el dormitorio en la casa, la casa en la calle" (y defendiéndonos allí) pues para salir a la calle (se precisa) la llave de la puerta".

A 30 años de la publicación de ese libro fundacional que es *Roxeda*, y en que, como siempre, las effluves modas siguen diciendo las conductas y las lecturas, aquí estamos, en embargos, con Julio Cortázar, Luis Sepúlveda y el caracol Osvaldo con el que éste conversa en el cementerio de Montparnasse (*Los Tristes*, 16-29 de agosto 1993), sabiendo que el "verdadero sueño se señala en una zona impresa del lado" del despertar pero sin que él estuviera verdaderamente despierto; para hablar de eso habría sido necesario valerse de otras referencias, eliminar esos retumbaros **sóñar** y **despertar** que no querían decir nada, situarse más bien en esa zona donde otra vez se proponía la cosa de la infancia, la sala y el jardín en un presente rítido, con colores como los de los diez años, rojos tan rojos, azules de naranjas de vidrios colorados, verde de hojas, verde de fragancia, oler y color una sola presencia a la altura de la nariz y los ojos y la boca. Poco en el saco, la sala con las venas que daban al jardín era a la vez la pieza de la Maga; el olvidado pueblo bonaverense y la ruta de Somerard se alataban sin violencia, no yuxtapuestos ni imbricados sino fundidos, y en la contradicción abolida sin esfuerzo había la sensación de estar en lo propio, en lo esencial, como cuando se es niño y no se da cuenta de que la sala va a durar toda la vida una pertenencia indiscutible". (*Roxeda*, capítulo 12).

(El autor es escritor y doctor en Filosofía)

Buenas salenas, cronopio Cortázar! [artículo] Cristián Vila Riquelme.

Libros y documentos

AUTORÍA

Vila, Cristián

FECHA DE PUBLICACIÓN

1993

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Buenas salenas, cronomio Cortázar! [artículo] Cristián Vila Riquelme.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)